

Concepciones de la CONDUCTA CRIMINAL

El estudio psicológico ha incursionado desde los principios de la estructuración de las sociedades hasta investigaciones en la psicopatología de la conducta criminal. Históricamente se han desarrollado formas diferentes de concebir esta conducta. La explicación sobrenatural es la forma más primitiva de entender el comportamiento anormal; asimismo, se han contemplado las causas naturales y los posibles tratamientos desde la ciencia.

¿De qué se encargan la psicopatología general y la psicopatología criminal?

La psicopatología comparte con otras ciencias del comportamiento (como antropología, criminología, sociología, psiquiatría, entre otras) un interés básico en la comprensión de la conducta humana anormal, desviada, criminal y delictiva. Se encarga de estudiar y analizar los comportamientos desviados realizados por un individuo; prosigue con la comparación de la **fragmentación** de su actividad psíquica y las propiedades de la personalidad; continúa con la observación y experimentación científica de la fenomenología de los trastornos de la conducta y de la personalidad del sujeto.

Por otro lado, la psicopatología criminal es el estudio del delito realizado por una persona considerada como paciente de enfermedad mental, entendida en un sentido amplio. Se enfoca en los criminales psíquicamente anormales, su forma de manifestarse, las causas psíquicas y corporales, y las posibilidades de tratamiento físico y mental (Hikal, 2015).

Concepción demonológica de la conducta anormal

Como es sabido, todas las culturas poseen al menos un término para designar e identificar la conducta anormal o patológica: ya sea locura, posesión demoníaca, demencia, enfermedad mental, o –más recientemente– neurosis, psicosis, trastorno de la personalidad o de la conducta. De todo ello se deduce que los estudiosos han tenido siempre un interés profundo y, hasta podría decirse, creciente por la conducta perturbada. No sólo porque lo desacomodado sea inquietante en sí,

Fragmentación

Fracccionar el proceso de la interacción con el mundo circundante.





sino también porque los actos desviados obligan a que la sociedad intente controlar dicha conducta (Sandler y Davidson, 1977).

La noción demonológica es la forma más primitiva de entender y explicar el comportamiento anormal. Se llama demonología a la doctrina que estudia el hecho de que un ser maléfico autónomo o semi-autónomo pueda habitar dentro de una persona y controlar su mente y su cuerpo siempre de forma perjudicial (Mesa, 1986). Los arqueólogos consideran que hace medio millón de años, aproximadamente, esta idea que atribuía a los espíritus malignos la causa del comportamiento anormal desempeñó un papel muy relevante.

Se menciona en el Nuevo Testamento que Jesús curó a un hombre poseído por un “espíritu impuro” ahuyentando de él al demonio y pasándolo a una pira, de manera que los cerdos quedaron poseídos y se fueron a precipitar violentamente en el mar (San Lucas 8). Existen pensamientos demonológicos semejantes o muy parecidos entre los chinos, egipcios, romanos y griegos antiguos. Por su parte, Zaffaroni (2012) señala a la demonología como antecesora de la psiquiatría anormal y psicopatología.

■ La concepción médica de Hipócrates

■ En el terreno de la actividad psíquica (Mesa, 1986), Hipócrates consideró al cerebro como el órgano principal de la vida intelectual; de ahí que si la conducta o el pensamiento de una persona estaban enajenadas, debía existir algún tipo de patología cerebral. Literalmente sostuvo que el cerebro enfermo era el asiento de la locura y el delirio, de los temores y terrores que nos asaltan a menudo por las noches; señaló que ahí también radica la causa del insomnio y del sonambulismo, de los pensamientos que no saldrán a la luz y que muchas veces son causa de perturbaciones de los deberes olvidados y de las excentricidades (Mesa, 1986).

Por ello, a Hipócrates se le considera a menudo como uno de los más antiguos expositores de una hipótesis somatogénica para explicar las enfermedades mentales, según la cual algo anda mal en el soma (o cuerpo físico) y trastorna la psique (pensamiento

o conducta). Dado también que la escuela hipocrática atribuyó un papel esencial al entorno o ambiente, se reconoce que la tensión ambiental (que hoy se denomina estrés) y emocional puede dañar al cuerpo y espíritu, por lo que es un elemento decisivo para la génesis, evolución e incluso recidiva de la enfermedad (Mesa, 1986).

En el terreno estrictamente psicopatológico (Mesa, 1986), Hipócrates elaboró tres categorías de trastornos fundamentales: manía, melancolía (depresión) y frenitis o fiebre cerebral. Describió además la paranoia (compuesta de frenitis como delirio permanente), las psicosis alcohólicas y las **psicosis puerperales**. Combatió la concepción semítica (etiología) de la epilepsia como *morbos sacer* (mal sagrado) y atribuyó la histeria a cambios bruscos en la posición del útero. Por otra parte, habló de cómo las lesiones producidas en el cerebro pueden provocar fenómenos de anestesia y otras perturbaciones sensoriales (Mesa, 1986).

Los tratamientos sugeridos por Hipócrates (Mesa, 1986) eran muy diferentes a las antiguas torturas basadas en exorcismos. Por ejemplo, para la melancolía prescribió tranquilidad, sobriedad y cuidado en la ingestión de alimentos, así como abstinencia de actividades sexuales. Dado que él creía en las causas naturales y no en las sobrenaturales, confiaba en sus propias y agudas observaciones, al tiempo que siempre mantuvo una férrea oposición a las prácticas de los sacerdotes y adivinos en el tratamiento de la locura, pues, en su opinión, los únicos que entienden de enfermedades son los médicos. Ahora bien, su premisa de que la conducta está directamente determinada por estructuras y sustancias corporales, y que la conducta psicopatológica es producida por algún tipo de desequilibrio o incluso de lesión, establecería la base de algunos aspectos del pensamiento moderno en la psicopatología.

■ La influencia de la Edad Media, el siglo XVIII y el Renacimiento

■ La Edad Media fue un momento histórico caracterizado por la desaparición de la conciencia individual, al hallarse el hombre disuelto e indiferenciado

Psicosis puerperales
Delirios que se pueden presentar durante el parto.



en las colectividades de los gremios y las órdenes. Esto, por un modo de atribución externalista –para usar una terminología actual–, pues prevalecía el pensamiento mágico sobre la motivación intencional, por lo general, de un ser sobrenatural, dios o demonio; asimismo, por estar la vida tan empapada de religión y de superstición, se borraba a cada momento la distinción entre lo sagrado y lo profano (Hui-zinga, 1978).

En este contexto, el enfermo mental es nuevamente considerado como un ser poseído. Los sacerdotes, una vez más, fueron los encargados de aplicar el tratamiento adecuado, que en este caso era el exorcismo. Sin lugar a dudas, la Iglesia católica ha sido

durante muchos siglos la fuente más influyente en el pensamiento occidental respecto a la concepción de los trastornos mentales; como podemos observar, los actos de brujería o la posesión demoníaca eran el origen y la respuesta de la conducta desviada que llegaba a tener una persona (Jarne y cols., 2006).

Hasta el siglo XIII la Iglesia consideraba al “loco” como una víctima inocente del diablo, de modo que el trato terapéutico era delicado y respetuoso (oraciones, agua bendita, exorcismos, peregrinaciones a lugares sagrados, etcétera) (Jarne y cols., 2006). Sin embargo, esta situación llegó a su culminación con la publicación, en 1487, del libro *Malleus Maleficarum* (*El martillo de las brujas*), de





los dominicos Kramer y Sprenger. Ahora la locura implicaba una participación activa del endemoniado o de algún agente (brujas, por ejemplo) y, por tanto, la persona sería culpable y susceptible de ser torturada y ajusticiada para restaurar el pacto alterado con Dios. La creencia popular era que los tratamientos crueles y castigos físicos en realidad eran una punición para el diablo que residía en el sujeto, y no tanto para el individuo en sí. Esta concepción mágica y el tratamiento que la acompañaba impidieron durante siglos que afloraran las aportaciones intelectuales, a pesar de que una pequeña minoría ilustrada mantenía viva la tradición hipocrática.

Con el Renacimiento, se vuelve a dirigir la mirada a la naturaleza con el fin de comprender, al parecer de manera definitiva, que sólo estudiando sus fenómenos y conociéndolos el ser humano podrá liberarse de las fuerzas destructoras y amenazantes

o, lo que es más importante, utilizarlas muchas veces en beneficio propio (Mesa, 1986). Los grandes cambios generados en este período histórico —en lo que se refiere a la aparición del método científico, al hincapié en la dignidad individual y a la creencia política en las libertades y los derechos humanos— se hicieron evidentes a finales del siglo XVIII, en la forma de un creciente interés por la situación de los enfermos mentales. El enfoque naturalista, basado en Hipócrates, volvió a adquirir fuerza (Mesa, 1986). Se potenciaron los estudios de anatomía y fisiología y se dio más importancia a los tratamientos físicos. El pensamiento filosófico de Montaigne, Voltaire y Rousseau se convirtió en un notable soporte del retorno a una interpretación naturalista y no moral de los desórdenes mentales.

A partir de Johann Weyer (siglo XVI), médico alemán discípulo de Cornelio Agripa y Paracelso, y



quien defendió vigorosamente dichas tesis naturistas, se viviría un momento crucial en la historia: se produjo un movimiento imparable que reconduciría a la psicopatología por senderos cada vez más apegados a los principios de la ciencia (Ibáñez y Belloch, 1982). El mismo Weyer publicó en 1563 la obra titulada *De Praestigiis Demonium*, en la que condena las creencias en la brujería y explica una serie de signos falsamente sobrenaturales tomando como punto de referencia criterios clínicos y médicos. No obstante, de acuerdo con Alonso-Fernández (1979), en dicho tratado figuran manifestaciones demasiado oscilantes aún entre lo demonológico y lo natural, quizá por no tener muy claras las ideas innovadoras o por temor a posibles represalias por parte de la Iglesia.

Actualmente se reconoce como líder de las reformas que se iniciaron en aquellos años a Philippe Pinel, quien en 1792 provocó un acontecimiento histórico: solicitó el permiso de la Comuna (delegación local del gobierno de la Revolución Francesa) para liberar a los dementes de las cadenas con las que permanecían atados en los patios de los asilos; esto lo consiguió tras vencer la renuencia de las autoridades y a costa de muchos sinsabores y críticas virulentas (Mesa, 1986). Pinel era en aquel entonces director del asilo de Bicetre, en París, y estaba convencido de que los pacientes mentales eran esencialmente seres humanos a quienes se les debía atender con comprensión y compasión, así como tratarlos con dignidad. Suponiendo que muchos de ellos habían perdido la razón por graves problemas personales y sociales, pensaba que podrían recuperarla mediante consejos, higiene, afecto y actividades útiles (Mesa, 1986). Su *Tratado de la insania*, publicado en 1801, lo situó como uno de los grandes pioneros en el campo de la psicopatología y de la moderna asistencia a los pacientes mentales.

■ ■ ■ Conclusión

■ El estudio psicopatológico del individuo anormal ha incursionado desde el principio de la estructuración de las sociedades. Por mucho tiempo se creyó que las enfermedades eran resultado de ciertas fuer-

zas sobrenaturales. En algunos casos, a los enfermos mentales se les trataba con gentileza y compasión en los monasterios y templos, donde se rezaba por ellos y se les permitía descansar. Sin embargo, en otros casos el tratamiento podía ser brutal, en especial si se creía que las enfermedades se debían a la cólera de Dios. Puesto que entonces la enfermedad se percibía como un castigo por un pecado, los enfermos eran señalados como culpables de hacer el mal, y el alivio vendría sólo a través de la penitencia o el arrepentimiento. No obstante, al llegar el Renacimiento resurgió la búsqueda racional y científica; así, hubo grandes avances en la ciencia y el humanismo, especialmente dirigido a aquellas personas que estaban recluidas en los asilos psiquiátricos. Las investigaciones iniciales en la psicopatología del individuo conllevaron todo un nuevo panorama de estudios relacionados a la comprensión y el entendimiento de las conductas desviadas o anormales del ser humano.

Arturo Arrona Palacios

Unidad Académica Multidisciplinaria Reynosa-Aztlán, Universidad Autónoma de Tamaulipas.

a.aronna@hotmail.com

Lecturas recomendadas

- Alonso-Fernández, F. (1979), *Fundamentos de psiquiatría actual* (4.ª ed.), Madrid, Paz Montalvo.
- Hikal, W. (2015), *Glosario de criminología, criminalística y victimología criminal* (2.ª ed.), México, Flores editor y distribuidor.
- Huizinga, J. (1978), *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza.
- Ibáñez, E. y A. Belloch (1982), *Psicología clínica*, Valencia, Promolibro.
- Jarne, A. et al. (2006), *Psicopatología*, Barcelona, UOC.
- Mesa, P. (1986), *El marco teórico de la psicopatología*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Sandler, J. y R. Davidson (1977), *Psicopatología*, México, Trillas.
- Zaffaroni, E. R. (2012), *La cuestión criminal* (2.ª ed.), Buenos Aires, Planeta.